

temor o su incapacidad para las generalizaciones demasiado vastas. Educado en la escuela de crítica literaria que representó, para el Simbolismo, la figura de Rémy de Gourmont, Eduardo Colín, vacía, en el molde muy preciso de sus máscaras, el perfil evasivo, en evolución constante, de la personalidad literaria o artística que procura definir.



Los resultados de la labor desarrollada por el Ateneo de México hubieran sido, incuestionablemente de provecho más amplio en una época de paz. Disgregando sus elementos y exagerando sus primeras discordias, la revolución no destruyó sin embargo su influencia. Frutos de su anhelo de depuración artística habían de serlo—si no los jóvenes inmediatamente contiguos—aquellos que iban a formar en las filas de la siguiente generación. Así, entre ellos y el Ateneo, se consolidó un grupo de inteligencias dirigidas, más que a la creación, al estudio, a la enseñanza, a las investigaciones del derecho y a las definiciones de la historia. Sus miembros más distinguidos—los más cercanos también a la vida y a las preocupaciones del Ateneo—fueron Manuel Toussaint y Carlos Díaz Dufío, hijo. El primero, conocido de la literatura iberoamericana por sus excelentes ediciones de José Asunción Silva, Enrique González Martínez y Sor Juana Inés de la Cruz, demostró, desde un prin-